

que existen dentro de la propia historia del libro y la lectura. Por cierto, la investigación de Guadalupe Rodríguez se hizo acreedora al XX Premio de Investigación Bibliográfica Bartolomé José Gallardo en 2017.—MANUEL SUÁREZ RIVERA, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Sánchez Andrés, Agustín, *Entre la espada y la pared. El fracaso del primer experimento autonómico español en Cuba, 1897-1898*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2020, ISBN 978-84-18432-16-3, 273 pp.

Cuba y España. España y Cuba. Probablemente se trata de uno de los temas que con mayor profusión ha sido trabajado, desde perspectivas diversas, por los historiadores de uno y otro país. Y no es extraño, ya que, a los muchos años que Cuba se mantuvo bajo la égida española, habría que sumarle los fuertes lazos generados entre ambas orillas gracias, entre otros, al importante contingente migratorio que, tras la independencia, dejó la península ibérica para echar raíces en la isla. De entre los episodios más significativos de las relaciones hispanocubanas cobra especial relevancia la lucha por la Independencia, diversificada en tramas y subtramas de naturaleza variada que, en sus múltiples análisis, han conformado una panorámica de la emancipación como un proceso complicado, ya sea contemplado desde la historiografía cubana, con interpretación habitualmente orientada a sus efectos en la construcción de una identidad nacional, o bien desde una historiografía española cuya lectura enfoca, indefectiblemente, las sucesivas crisis y la problemática interna del Estado liberal español y sus legatarios.

El libro que nos ocupa aborda uno de los capítulos más peliagudos dentro de dicho proceso: el proyecto autonomista implementado desde Madrid en lo que serían los estertores de la presencia española en la isla. Su autor, Agustín Sánchez Andrés, no es nuevo en estas lides, siendo que ha analizado largamente en artículos y monografías la política colonial española en la segunda mitad del XIX, así como las controversias, proyectos y posibilidades derivadas de la misma. En esta obra advierte, desde el prólogo, los muchos estudios dedicados al autonomismo cubano, resaltando particularmente, aunque no de manera exclusiva, los trabajos pioneros de Luis Miguel García Mora; la muy completa monografía que Marta Bizcarrondo

y Antonio Elorza dedicaron al asunto; al igual que los distintos enfoques de Inés Roldán o de la francesa Delphine Sappez. Por parte cubana, Sánchez distingue una vertiente historiográfica un tanto extrema que atribuye al autonomismo una naturaleza cuasi antinacional —en palabras del propio autor, «dique frente a la independencia»—, de aquella que, sin abandonar la tradicional glorificación del independentismo cubano, reconoce algunas de las aportaciones del autonomismo al proceso de construcción nacional, si bien desechando la equiparación entre ambos movimientos por considerar la vía autonomista como una apuesta sin posible recorrido. Una conclusión, esta última, criticada por historiadores cubanos de la diáspora como Rafael Rojas o Rafael E. Tarragó, reacios a acatar el discurso extendido con la Revolución por el que el separatismo cobró vitola de exclusividad como única vía para la construcción nacional cubana, despreciando los aportes autonomistas en la configuración de la nacionalidad.

Con tales precedentes, Sánchez enfrenta lo que fue la paulatina aceptación de las tesis autonomistas por parte de los sectores políticos metropolitanos, dentro de un contexto marcado por la crisis del modelo de relaciones coloniales imperante en esos momentos. Para ello, el autor echa mano de los debates periodísticos y parlamentarios que se suscitaron a cuenta del planteamiento e implementación en las Antillas de un sistema que recogiese las premisas del autonomismo. La trascendencia de todo ello es resaltada, prácticamente desde las primeras páginas, como punto de ruptura del modelo político centralista que, hasta entonces, había caracterizado al Estado liberal y, sobre todo, por poner las bases del que sería el primer régimen autonómico español, una referencia ineludible, tanto en el campo de la teoría política como en su aplicación práctica, en los posteriores cambios de la organización territorial del país.

La lectura esclarece la evolución de los distintos grupos políticos en lo tocante a la cuestión antillana, las causas que motivaron su progresivo alineamiento con las reclamaciones autonomistas y la importancia del faccionalismo en la toma de decisiones, sobre todo en los partidos dinásticos. Es este un apartado al que el autor presta una atención singular para escenificar un panorama político marcado no solo por las discrepancias ideológicas sino, ante todo, por la divergencia de intereses entre una burguesía cubana, reclamante de una igualdad política de la que carecía —y de acuerdos económicos y comerciales ajustados a sus necesidades—, y una burguesía metropolitana poco dispuesta a perder los beneficios implícitos al mercado cautivo caribeño.

Con tales premisas, Sánchez disecciona las diversas estrategias planteadas desde el autonomismo caribeño y sus efectos en los distintos partidos. Es interesante la revisión que realiza del republicanismo español y su posicionamiento ante los reclamos autonomistas, contrastando su aceptación sin matices por parte del sector federalista pimagaliano frente al recelo castelarista, mucho más cercano al asimilismo gubernamental. Del mismo modo, también resultan llamativas las fricciones internas del liberalismo, bien apuntaladas dentro del texto con las vicisitudes de Moret por lograr impulsar un proyecto de consenso que contentase al autonomismo y a sus correligionarios más refractarios; las componendas de un Gamazo reacio a ceder ante las presiones autonomistas y defensor de los intereses agrarios castellanos; y un Sagasta ambivalente cuya alargada sombra condicionaría, de manera inapelable, los ascensos y debacles dentro de su partido. En lo que refiere a los sectores conservadores, Sánchez refrenda su intransigencia ante toda propuesta de reforma y el rechazo tradicional a toda equiparación de derechos entre las colonias y la metrópoli, dejando también patente la influencia del contexto internacional —o, siendo más correctos, de las presiones norteamericanas— en el planteamiento de concesiones, ya fuese en vida de Cánovas o tras su muerte.

Sobre el análisis del autonomismo y sus líderes, el libro no incide excesivamente en lo biográfico —más desarrollado en las obras de otros autores—, abundando, por el contrario, en detalles legislativos sumamente útiles para entender la enjundia de los cambios planteados y los motivos de las contrapropuestas. También cabe resaltar el detalle con que el autor describe el primer régimen autonómico, una vez oficializado, y la claridad de sus planes de actuación, rompiendo esa idea extendida dentro del oficio —o, más bien, desde determinados lineamientos— de su inanidad. Por el contrario, la imagen transmitida por Sánchez es la de un gobierno autonómico exigente, convencido en sus divergencias internas de su potencial de desarrollo y, sobre todo, dispuesto a encauzar a la isla hacia una autogestión muy liberada de la tutela metropolitana y que, en su progresión, bien podía desembocar en una soberanía plena. Es ahí donde, probablemente, quiebra algunos iconos del imaginario cubano al dar calidad plena de *cubanidad* al proyecto autonómico y sus impulsores, pero también al emparentar al independentismo —personificado en algunos de sus principales nombres— con la estrategia intervencionista de Washington, ya apuntada en cierto modo durante el mandato de Cleveland e impulsada irremisiblemente con McKinley.

Quedaría hablar, por último, de la agudeza con que el historiador descubre —en su cotejo de programas, peticiones, argumentos y contraargumentos— la falta de previsión y perspectiva de la clase política española en lo referente a la realidad colonial. Una sensación presente en las discusiones parlamentarias y que, sorprendentemente, sería advertida por actores políticos que, tal y como bien queda reflejado en el texto, serían obviados en provecho de intereses sin más disposición que su propio beneficio. Así, lo que en principio comienza como un estudio sobre el primer experimento autonómico español en Cuba, acaba esbozando, de manera paralela, el retrato de una Restauración en fin de ciclo, sugiriendo en la descripción de sus cuitas parte de las claves de la crisis por venir.

En resumen, una obra sumamente interesante en la que el autor trasciende con creces sus objetivos iniciales, dando motivos —a la luz de sus fuentes— a una relectura del autonomismo cubano en su relación con España y la propia isla, pero también a una mejor comprensión de un tiempo político particularmente complejo.—MANUEL ANDRÉS GARCÍA, Universidad de Huelva, España.